

—Yo confío en mi país, como usted. Mi patria debe estar agradecida al juvenil talento de un intelectual que al defender la revolución nos presenta bajo el aspecto de pueblo que lucha por la conquista del progreso, y no como el *México bárbaro* en el que se revuelcan las hordas ebrias de pasiones primitivas. Bien se conoce que su corazón de latino-americano siente la simpatía de nuestro anhelo colectivo. Hé aquí que su cultura se ha puesto del lado de nosotros y de la defensa de la libertad y del bien.

Muchas gracias.

Luis G. URBINA.

1915.

EPILOGO •

EPILOGO

Nos hemos acostumbrado al turismo periodístico, más singular y exótico en su literatura que en la indumentaria de sus letrados viajeros.

El periodista americano llega a nuestro país con un esqueleto, con una especie de armazón metálico donde va encasillando una a una las respuestas de un interrogatorio inflexible, duro, axiomático, generalmente inspirado por tendencias económicas, casi siempre buscando una riqueza escondida que pueda explotarse por los hombres de su país, o una mentira muy gorda, muy inflada, que pueda publicarse a siete columnas de una edición extraordinaria; es silencioso, hosco, melancólico.

El periodista francés que suele llegarnos, viene siempre a sueldo de empresas comerciales o mineras, es representante de ciertos sindicatos, y con un espíritu de judío, analiza y estudia a nuestro país con mayor superficialidad y trivialidad más grande que corresponsal de ningún otro país. Para el periodista europeo, México es un "pays d'affaire"; no le causó

asombro en épocas de Huerta el asesinato de diputados y senadores, pero se indignaba por la falta de garantías del comercio en un país donde la plebe enfurecida rompía los cristales de aparadores de casas francesas. El criterio europeo para juzgar las política mexicana es singular; para ellos México es un territorio en el cual los extraños pueden realizar todo género de explotaciones sin considerar las leyes del país, las costumbres y los habitantes.

Cuando conocimos al periodista Manuel Fernández Cabrera, Redactor de "El Heraldo de Cuba", juzgamos interesante observarlo de cerca, y en la mezcla que ha producido al cubano del día, separar lo español de lo yanqui para encontrar al antillano.

Buena figura, finas maneras, ojos negros, grandes y vivos, brillante y fácil palabra, movilidad inquietante; imaginación calenturienta, verbo ampuloso, descriptor audaz y pintoresco.

Fernández Cabrera nos acompaña a los campamentos militares y habla con "otomíes y yaquis"; asiste a nuestras fiestas sociales y baile con elegancia; declama alocuciones y hace fácil y fina ironía.

Recorro las páginas de "Mi viaje a México", y pudiendo rectificar éste o aquel concepto, desmentir aquel otro, ampliar muchos, me abstengo respetuoso de la propia visión del escritor, que trasmite a sus lectores impresiones muy personales.

Tienen con nosotros, los cubanos, la afinidad

de origen y la similitud de cultura entre hispana y francesa; el viejo prejuicio, el arcaico molde, la unción mística de Castilla enmarcando la combustión de rebeliones que como roja pira ha venido iluminando nuestro progreso intelectual, asociando las exaltaciones líricas de la revolución y las doctrinas positivas de la filosofía contemporánea.

El libro de Fernández Cabrera es pintoresco allí donde no es exacto; pero es ameno en todas partes, y en el mar borrascoso de figuras literarias audaces y bellas, tiene expresiones precisas y admirables: "La revolución es, sí, otra cosa y es algo más que don Venustiano; es otra cosa y es algo más que cualquier hombre, alcancé a donde alcance su excelitud; "pero don Venustiano es el hombre de la Revolución".

El libro de Fernández Cabrera está escrito con el abigarramiento de un traje de Arlequín, unidos trozo a trozo fragmentos de impresiones distintas y emociones inconexas; un libro que no es crítico porque no es descriptivo, y que no es humorístico porque es serio, y que no es superficial porque es meditativo, y que no es profundo porque está hecho al correr del lápiz con la vertiginosidad de la locomotora, en el estribo de un tren, en la plataforma de un carro militar, en el descanso de una jornada o sobre el lomo de un asno reposado y filosófico.

Fernández Cabrera, acostumbrado por su profesión de periodista a todas las sorpresas y ostensiblemente fuerte de espíritu por su vanidad

de literato cultivado con todas las doctrinas y hecho para todos los credos; Fernández Cabrera suele ser un evangélico soñando en Galilea o un "super" rudo y feroz con máscara niezchiana en los solares bismarquinos.

Si el libro de Fernández Cabrera estuviere escrito con reposo y profundidad y con el ánimo de sostener tesis alguna, resultaría, como los libros de muchos otros escritores extranjeros, que de tanto querer probar no prueban nada, acusándoseles frecuentemente, y con justicia, de insinceridad y más aun de aventurero mercenarismo.

Hojea este libro debe haber sido para el lector tarea agradable, aun cuando haya tenido la misma impresión que la del que hojea un album de instantáneas formadas en un viaje de recreo. Aquí una roca árida, tosca, fría; allá un volcán erguido, majestuoso, coronado de nieve; a un lado el bosque de tupida maleza con árboles de frondosidad exuberante; más allá un río serpenteado en cauce pedregoso, y en el horizonte lejano, un buey tranquilo extendido sobre la hierba verdegueante y con los ojos nostálgicos mirando a un cielo de nubes caprichosas con brochazos de púrpura y de oro.

Fernández Cabrera ha descrito así a bordo del "Esperanza" a los viajeros, mujeres negligentes, hombres desdeñosos, niños llorones, alemanes ventruados: "Varios núcleos de españoles de América, cetrina la color, barba moruna los cincuentones, bigote en agresiva punta los pollas-

tros, las damás media majas y media maritornes".

Su arribo al puerto de Progreso, el temporal corrido en el Golfo, su llegada a Veracruz, que tienen la homogeneidad de impresiones de viaje, se rompe en seguida con su capítulo de "Niños Militares" que, si es bello como pintura, adolece de ser tendencioso, y por ello, censurable, como ya lo hemos dicho públicamente en epístola dirigida al autor al conocer este fragmento de su obra.

El retrato del Sr. Carranza que ya hemos citado y la biografía del General Obregón, se intercalan en estos apuntes de viaje como las cubiertas, las sólidas carátulas de un libro que encierra y sujeta al agitado rebullir de allá adentro donde las páginas vibran aisladamente.

Si el extranjero que nos visita cree que este país es un Infierno por su sangrienta campaña, por su intensa lucha, por su furiosa guerra civil, debería comprender también que es preciso recorrer todos los círculos, y cruzar los límites de la cuarta y última zona del noveno recinto—extremo fondo del Infierno dantesco—para encontrarse en la bendita tierra del Purgatorio. Tres años—del 12 al 15—llevamos transcurridos. Dante y Virgilio hicieron en tres días su viaje; pero cuando pongamos pie en tierra firme, con nuestras reformas hechas, con nuestros ideales logrados; cuando una paz de vida, de armonía, de trabajo sustituya a la paz sepulcral de la dictadura larga; cuando el bullir

incongruente de la pelea sea sustituido por el rumor abejuno de la labor; cuando sustituyamos a los cuartelazos por el respeto a las leyes; entonces se sabrá que hemos defendido, con la causa de México, la causa buena de la humanidad.

Fernández Cabrera nos ha visto luchar y sabe que ni demagogía, ni jacobinismo; ni exaltaciones, ni desenfrenos son programa nuestro; nos ha visto estudiar renovación de códigos y modificamiento de leyes, pero con una alta tendencia civilizadora, con un espíritu de ecuanimidad dentro de las aceleraciones naturales de un pueblo en revolución por ideas.

2 \ Topos escritores de fuera, sólo ven los aires trágicos en el tren volado, los muertos del camino, la sangre empurpurando los valles y el incendio devastando sementeras y poblados; ven el aspecto lógicamente salvaje de la guerra, sin observar la historia de la misma, su origen, su motivo, la razón de su permanencia. Buzos que caen al fondo del océano y enterrados en cieno no huelen sino la podredumbre de los detritus y la hediondez de las larvas; pero allí mismo hay bellas algas, corales magníficos, ostras perliíferas que dejan inadvertidas y desdeñadas.

¡Salud, joven escritor, amigo de la Verdad, hermano en el Ideal! Vibre vuestra trompeta con la sonoridad de los cantos tirtenses y repita vuestra pluma una y mil veces que la Patria se está formando con gestación dificultosa y dolo-

rida tortura de alumbramiento, pero que la Patria llega, que México nace. . . //

Nosotros hemos vivido la película cinematográfica de este libro admirando unas partes, meditando en otras y sonriendo en muchas, pero siempre con agrado, siempre con interés, siempre con aplauso.

* Escriban los candidatos para la Academia Francesa libros de viaje sobre Grecia, que los latino americanos tiene la obligación de estudiar y de describir los rincones de América cuyo pasado es menos instructivo y más oscuro; pero que ofrece sin embargo, en el presente, rico manantial fecundante de no remotas y jugosas cosechas para el progreso humano de las próximas generaciones.

Félix F. PALAVICINI.

Veracruz, 1915.